

ANTES QUE SE ME OLVIDE

(Ensayo general de memoria)

POR

FRANCISCO ALEMAN SAINZ

Señoras y señores: Hemos llegado al preámbulo, algo que para mí tiene una viva sugestión. Es el momento en que se deja atrás el punto de partida, y que todo empieza a adquirir un sentido.

Entrar en una Academia no significa una manera de quietud y de silencio, porque toda Academia se plantea desde la palabra. No se trata de un reposo sino de una práctica, y ésta, que ostenta los apellidos de Alfonso X el Sabio, es una demostración de asiduidad por parte de sus componentes hacia lo que plantea el propio trabajo personal junto a la actividad y el quehacer de la Academia. Quizá lo que para un escritor pudiera parecer más chocante sea lo de ilustrísimo, pero realmente todo escritor que lo sea de veras lo es siempre en ejercicio de un afán ilustre, de claridad.

Hay un momento en que todo artista o escritor está ya en la Academia, sin por eso haberse desprendido de ninguna capacidad creadora.



En su origen, la Academia del mismo Academo era sencillamente una casa con jardín, algo que está tan separado del kiosko como del rascacielo, que equidista tanto de la maceta como del bosque. Por eso es grato para mí, dentro de mis limitaciones, estar aquí sabiendo que quienes desde ahora mismo son mis compañeros equilibrarán mis desconocimientos con sus saberes.

Quiero agradecerles, a todos los que han venido aquí, su compañía, y lo hago con el corazón y con la voluntad. Y quiero añadir que es importante para mí que Mariano Baquero Goyanes, que escribió el prólogo a mi primer libro de cuentos, sea quien responda a este discurso mío veinte y pico de años después, como en el recargo de tiempo de una novela famosa: este discurso mío donde trato de recobrar un tiempo murciano desde el entendimiento y desde la esperanza.



SUMARIO

1. La mirada como creación.
2. Pasado el medio siglo. Antes que se me olvide.
3. Recordar es una búsqueda. El hombre histórico. La Murcia cambiante. Las cosas conocidas.
4. La ciudad vivida. Hombres de provincia. Doctores López Ambit, Alberca, Pérez Mateos. Profesores Loustau y Gestoso.
5. Estudios. Las afueras de la novela o las literaturas de kiosko.
6. Alberto Arranz, Manuel Ortiz de Villajos, Pascual de Ayala, José Agüera, José Salas, Antonio Puig Campillo, Carlos Ruiz-Funes, *Azarbe y Monteagudo*. Los barrios distantes.
7. Juan Guerrero Ruiz, Juan Bonafé, Pedro Flores, Luis Garay, Antonio Garrigós, Clemente Cantos, José Planes, Julián Alcaraz.
8. Nicolás Ortega Pagán, Jesús Frutos Valiente, Antonio Oliver, Andrés Sobejano, Sofía Salomé Herold, Carlos Clavería, Gaspar Gómez de la Serna.
9. Intermedio por la orquesta.
10. José Martínez Arenas, Juan Antonio Espinosa, Luis Abad Carretero, José Mallorquí Figuerola.
11. Final interino.



1. Hace diez o quizá doce años que Michel Foucault comenzaba así una gran obra :

— “Este libro trata del espacio, del lenguaje y de la muerte; trata de la mirada”. El horizonte como una realidad que irrumpe en la memoria. Para el escritor el hecho sólo de mirar sitúa la atención, limitando las zonas que del todo pueden interesarle. Basta con valorar las palabras que inciden desde *vistazo* a *ojeada* o *miramiento* y demás, para percatarse de que no se trata de una actitud pasiva. Por eso este discurso es algo así como una conjetura personal, y trata del espacio, del lenguaje y de la muerte: trata de la distancia, de la palabra y del tiempo. Se trata, pues, de la mirada.

A uno le hubiera gustado ser profesor de Cosas en General, que es la mejor manera de estar en los detalles, como el personaje que escribiera el libro de Carlyle *Sartor Resartus*, pero no le ha sido posible cumplir con este destino más bien urgente de miradas. Recuerdo que en mi remoto bachillerato había una asignatura perdida poco después, que se titulaba *Terminología y lecciones de cosas*, rotulación verdaderamente insigne para lecciones portentosas.

Vamos a situarnos en esas galerías sin fondo del recuerdo que contaba en su verso Antonio Machado. Galerías que se abren a aposentos de rostros y palabras, de encuentros y silencios. Patéticamente, publicitariamente —toda publicidad es patética—, en Europa se ha perdido el humor, pero sobre todo se ha perdido la imaginación, y uno recuerda como los tibetanos se inventaban unos sirvientes, llamados *tulpas*, que realmente no servían para nada, pero poniendo en ellos una singular atención de servicio, aquel posiblemente al que de antemano renunciaban, como lo hiciese Sócrates en otra esquina del espacio.



2. ¿Qué puede ver en su rededor el escritor cuando ha dejado a sus espaldas el medio siglo? Nostalgia, dolor de espaldas aparte, surgen los seres y las cosas, los hechos y los sueños, como algo que le atañe de cerca o de lejos, sin que su ánimo quede cercenado por supuestos desánimos o seguros fracasos. Es curioso cómo en otros oficios o profesiones se fracase bajo la propia responsabilidad, desde el fontanero al jurista; sin embargo un escritor fracasado hallará siempre culpables, conspiraciones, cautelas, desatenciones que no le han permitido el éxito. ¿Habría que pensar dónde está el éxito y su significado, y qué es el triunfo para el escritor? Pienso que sí, pero como ocurrirá más de una vez aquí, en el curso de este discurso, tenemos que dejar en la cuneta su instancia para seguir con la ruta que me he señalado, como quien a la entrada de una ciudad deja de penetrar en ella aunque le haga señales para que se detenga.

Voy a tratar de un escritor al que creo conocer bien y al que le tengo bastante afecto, alguien con una obra huidiza y pasajera, escritor en periódicos y revistas principalmente, con unos millares de artículos y unos centenares de cuentos, aparte de algunos ensayos. Obra continuada casi siempre fuera del libro como lugar de reunión y de repaso.

Con el título de *Antes que se me olvide*, voy a hacer un ensayo general de memoria, unas memorias interinas de urgencia que pueden resultar el esquema de un libro que no se escribirá nunca. Permítanme ustedes, antes del brindis con el primer trago de agua del disertante, repasar tres títulos que corresponden a tres libros de cuentos del autor: *La vaca y el sarcófago*, *Cuando llegue el verano y el sol llame a la ventana de tu cuarto*, y *Patio de luces y otros relatos*. Tres libros que son una pequeña parte del total de cuentos que he escrito en la grata dispersión del periódico y de la revista. Tres libros que tienen para mí —y espero



que también para alguno de ustedes— una realidad valiosa, y es su localización murciana en el sitio de edición. Que su referencia aparezca con el nombre de Murcia junto al año de impresión, es algo que me importa cuando surge en otros países como pueda ser Francia, Estados Unidos, Canadá o Argentina.

Pero estas referencias de autor no son el objeto, al menos el único objeto de este discurso, porque la parte que diría fundamental en él se refiere a los amigos desaparecidos, a aquellas personas que en Murcia o fuera de ella han tenido alguna relación con el autor, y que antes que se me olvide quiero convocar aquí desde su alejamiento. Personas con las que ya no es posible el diálogo personal o a través del teléfono, o carta. Esto es una reflexión, un reflejo del tiempo que nos sale de nuevo al encuentro.

Por otra parte es importante para mí cavilar aquí bajo el nombre de alguien que amó a esta tierra, Alfonso X el Sabio, con la *equis* de su numeración real como criptografía de un personaje histórico, un misterio entre la autoridad y el conocimiento, entre la batalla y la sabiduría. Piensen ustedes que para mí uno de los personajes fundamentales de la cultura se llamó Paracelso, alguien que se titulaba *misteriarca*, algo así como Edgar Allan Poe a través del nocturno caballero Carlos Augusto Dupin.



3. Todo lo que no es recuerdo es plagio —diríamos con sólo cambiar una palabra en la frase dorsiana. Pero si el recuerdo navega en costas de Aristóteles no cabe duda de que el recuerdo se ennoblece. “El proceso de recordar es una búsqueda” —dice, para añadir más adelante: “búsqueda de una imagen o pintura mental”. Para recordar es necesario el transcurso de un tiempo que permita la selección en el recuerdo, pudiendo haber olvidado. Y es desde esa posible relegación desde donde con cordura hacemos memoria y recordamos. Volvamos de nuevo a Eugenio d’Ors, quien afirmaba que “el hombre histórico se diferencia ya del hombre prehistórico en que aquél *se acuerda*. Con un paralelismo acabado hay amistades que pertenecen al orden de la prehistoria: para evocarlas, fuerza es recurrir al rastro material, al objeto, a la imagen. Otras amistades pertenecen, más noblemente, a la historia; no hay necesidad de evocarlas, puesto que su calidad les otorga perpetuamente el don de la presencia”.

Son, pues, distintas memorias las que pone en uso el ser humano, y entre ellas figura la situada en el paleocéfalo, herencia recibida del cerebro de los reptiles, donde se halla el instinto del territorio, del territorio propio, urbano en este caso. ¿Cómo era Murcia hace algo así como medio siglo, como un cuarto de siglo? Hay dos hallazgos premonitorios dentro del urbanismo murciano: por una parte la verticalidad del edificio, de otro lado la horizontalidad profunda de la gran calle. Digamos comedidamente que se trata del rascacielos y la gran vía.

En los últimos años del siglo XIX o principios del XX, un murciano se dirige al director de un periódico local para plantear la necesidad de una Gran Vía, y lo hace dando de antemano el lugar, la continuación del Puente Viejo, a través del antiguo Arenal, ciudad adentro, tal como luego se ha realizado. Otra intuición puede hallarse en la Casa de los Nueve



Pisos donde se hace edificio la verticalidad. No se olvide cómo la construcción permaneció inhabitada mucho tiempo por supuestos errores de fortaleza, dándola *por falsa*, luego la falsedad desapareció y la construcción entró en servicio y sigue en él por ahora, con largo tiempo a sus espaldas.

— “Los edificios —escribe Herbert Read en su ensayo *El escritor y su región*— al igual que los campos de cultivo y los jardines, son por su parte una expresión de la gente que, generación tras generación, los creó paciente y consecuentemente”.

Pero los edificios envejecen, las casas envejecen y las construcciones son vencidas por la vejez. Estamos llegando dolorosamente a enormes cumpleaños de monumentos que se arruinan y que al final habrán de desplomarse a pesar de las prórrogas, porque su momento de desaparición ha surgido sin remedio.

Pienso que quizá lo más grave sea cómo la nueva construcción envejece vertiginosamente, y hay casas recientes que penetran penosamente en una rápida decrepitud. Pero lo cierto es que se ha ido una Murcia cuyo rostro vivo y cargado de experiencias ha dado paso a una ciudad despersonalizada, simple repetición de otras poblaciones.

El consumo ha entrado a la carga también en ese singular destino de lo habitable. Como también lo ha hecho con las cosas que nos rodean. Rilke aludía a estas cosas animadas, vivas, conocidas por nosotros, que declinan y desaparecen como un consumo más. Permítanme una larga cita de Rainer María Rilke que considero esclarecedora:

— “Todavía para los padres de nuestros padres una *casa*, una *f fuente*, una torre conocida, incluso su propio vestido, su capa, eran infinitamente más familiares; cada cosa como un vaso, en el cual ellos encontraban lo humano y donde todavía acumulaban más elementos humanos. Ahora nos llegan de América cosas varias e indiferentes, apariencias de cosas, *figuras de la vida*. Una casa en el sentido americano, una manzana americana, o una vid de aquellos lugares, no tiene nada de común con la casa o el racimo de uvas en que había penetrado la esperanza y la meditación de nuestros abuelos. Las cosas vividas, *conocidas por nosotros*, declinan y ya no pueden ser sustituidas. Nosotros somos, tal vez, los últimos que hemos conocido tales cosas”.

Grandes olvidadores de objetos, cosas, personas, somos los hombres de este tiempo que andamos tratando de habitar. El mundo que nos rodea ha perdido gran parte de su sentido y huimos de él cuando escapamos del trabajo hacia los fines de semana. Ya no existen los viejos trajes tan gratos donde nos encontrábamos cómodamente, ni tampoco hay tiempo para releer.



4. Este discurso mío, escrito con la urgencia precisa para acabarlo antes que se me olvide, quizá pueda parecer que sigue un curso arbitrario, pero no es así. Y yo quisiera que en su parte más lúcida, por cordiales razones familiares, fuese también un poco el discurso que no llegara a pronunciar aquí en su día Rafael Serra Ruiz, y que ya no será posible escuchar en este salón de murcianos.

La ciudad vivida no es una caja inerte, y desde sus esquinas se nos acercan las voces de los seres queridos que guardaron silencio, nuestras gentes que fueron realizando con el corazón y la inteligencia la faena de la compañía. Nuestros mayores, que se han alejado, porque resulta que ya no tenemos mayores a nuestro alrededor, sencillamente porque hemos pasado nosotros a ser mayores.

Ahí está la resonancia de todas las calles, de las calles que sólo forman en el callejero de la memoria, unas que han desaparecido, otras que han cambiado por completo. Pueblos, ciudades, aldeas, han ido acumulando instantes —como en un texto de Luis Abad Carretero—, y los espacios vibran como una experiencia a través del poema de Wallace Stevens:

*Hay hombres de provincia
que son esa provincia . . .*

*Hay hombres cuyas palabras
son como sonidos naturales
de sus regiones.*

Me parece que también en esto hemos empezado a fallar.

Lo que el autor trae hasta aquí, en estos instantes del discurso ya es otra historia. Hay gentes que están cerca de nosotros y que apenas cuen-



tan, que aun viviendo en nuestras cercanías persisten en permanente ausencia para nuestra consideración. Hay seres que, aun alejados de la vida, no son inexistentes, y aun sin poder ejercer su testimonio de diálogo siguen siendo y existiendo en nuestro ánimo, portadores de una cálida condición. Voy a referirme aquí a algunos de ellos entre la urgencia y la razón, como admiración y amistad resistente al paso de los días. Por otra parte se trata de contar, en parte, una Murcia de veinticinco o treinta años atrás, cuando adelantándose a otras ciudades hizo de la conferencia una convocatoria crepuscular para aquellos murcianos relacionados de alguna manera con la cultura. He insistido más de dos veces y supongo que volveré a hacerlo más de una que se trata de un ensayo de urgencia, de usar mis posibles facultades de escritor en situar parcialmente un tiempo que ha quedado atrás como llamada y decisión desde el presente que habitamos.

Angel Valbuena Prat, Dictinio de Castillo-Elejabeytia, Enrique Tierno Galván, José Ballester, Román Alberca, José y Vicente Cervera, Mariano Baquero, Manuel Muñoz Cortés, Antonio de Hoyos y otros, entre los que se hallaba el autor, teníamos conferencia a menudo en el relevo de la tarde por la noche y en Murcia. Tres eran los enclaves previstos para esta tarea: la Cátedra Saavedra Fajardo, de la Universidad; los Coloquios de Cultura, de la Sección Femenina; y la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Voy a referirme a mi participación en estas horas ya casi lejanas del tiempo murciano.

Solían asistir amistosamente a mis conferencias tres médicos con consulta murciana: los doctores José Pérez Mateos, Román Alberca y Julio López Ambit. Esta presencia cordial, reiterada de la Medicina ante mis ensayos leídos yo la justificaba así: López Ambit asistía como mi médico de cabecera, para cualquier trastorno en una historia clínica más bien vulgar. La presencia de Pérez Mateos quedaba justificada por su especialidad de garganta, alerta a un posible fracaso de mi voz. La asistencia de Alberca estaba dentro de una gama distinta, la frustración de cualquier posible indicio de enloquecimiento dentro de los temas de que uno trataba. La asistencia quedó sencillamente en compañía y conversación una vez que el tiempo de la conferencia quedara cumplido.

El doctor López Ambit fue un personaje inolvidable de la vida murciana, con una existencia repleta de anécdotas que a él le gustaba referir con una mirada chispeante y hasta juvenil. Tenía una singular atención por el prójimo y sus problemas, sin distinguir clases sociales, aunque predispuesto siempre a aquéllos que necesitaban mayor ayuda. Como médico del desaparecido barrio de San Juan, en muchas ocasiones dejaba a la cabecera del enfermo junto a la receta su importe para adquirirla en



la farmacia. Yo solía encontrarle casi todas las mañanas a la mitad de la calle del Pilar, camino de sus visitas profesionales diarias, en las que subiendo y bajando escaleras acumulaba kilómetros. Durante unos instantes, por lo menos, conversábamos a pie firme. Don Julio era muy aficionado a la lectura de novelas policíacas que aparecían muchas veces en nuestra conversación. Pararse a hablar en la calle era una práctica urbana que tenía gran importancia en aquellos años de limitación circunstancial, permitiendo que en ocasiones dos personas permaneciesen a pie firme pasando revista general a algo particular durante horas.

El doctor Pérez Mateos hizo del viaje una manera de volver, dotando así al regreso de nuevas posibilidades. Iba volviendo desde París, Ginebra, Zúrich, Berlín, y desde otras diferentes capitales de Europa hasta su ciudad de provincias, a su consulta de la calle de San Nicolás, muy cerca de la iglesia que levantara unos siglos antes el doctor Diego Mateo Zapata. Pérez Mateos fue alcalde de Murcia, Presidente de los Colegios Médicos de España, Director General de Sanidad. Pasó por la política, pero su desvelo fue la solidaridad, y la Mutualidad Médica consumió muchas horas de este hombre que no fue un solitario, ni tampoco un sedentario.

En el año 1907, cuando en la Universidad de Missouri se va a fundar la primera Escuela de Periodismo, aparece la *Gaceta Médica de Murcia*, que nueve años después pasará a llamarse *Politechnicum*, ambiciosa tarea con páginas de ciencia, arte y literatura. La revista se subtitula de Medicina, Ciencias, Cultura General. Un comité directivo anota entre sus nombres los de Loustau, Font y Puig, Ipiens, Ruiz-Funes, Ibáñez, Guerrero.

En el saludo al lector del primer número de *Politechnicum*, escrito sin duda por el doctor Pérez Mateos, explicaba éste el motivo de que antes de la parte médica surgiera la parte cultural y literaria. "Se ha querido ensayar —decía— esta novedad, anteponiendo un variado pórtico de ilustración y de belleza, que también son salud y regalo del espíritu humano". Más adelante insistía en que no había otra coincidencia entre las distintas selecciones que la "compañía y simultaneidad".

Tuvo Pérez Mateos una extraordinaria vocación musical y hasta compuso una sinfonía en cuatro tiempos. Escribió sobre la función auditiva y el lenguaje sonoro, sobre el genio musical y su localización cerebral y sus caracteres psicofisiológicos. También escribió sobre los cantos regionales murcianos.

El doctor Román Alberca era un humanista dedicado a la psiquiatría. Había nacido en ese centro de comunicaciones españolas por ferrocarril que es Alcázar de San Juan, y allí se levanta un busto del doctor mur-



ciano por elección, entre los ruidos de todos los trenes que cruzan. Alberca era un gran lector y se expresaba muy bien, con una gran vitalidad expresiva. Fue catedrático de la Universidad de Valencia. Pérez Mateos pudiera haber sido catedrático de su especialidad en la Universidad de Madrid, pero quiso vivir en Murcia y lo hizo. Alberca, aunque no era murciano, quiso vivir aquí, y aunque durante algunos años fuese catedrático de Valencia puede decirse que vivía en Murcia. Recuerdo que uno de los autores más gratos al autor, Gastón Bachelard, decía en sus años mayores que "nunca habría que abandonar la ciudad natal".

En mi primer libro, titulado *Saavedra Fajardo y otras vidas de Murcia*, compuesto de apuntes, glosas, retratos, escribí del doctor Alberca y algunas conferencias suyas, donde citaba junto a Kraepelin, Jaspers, Freud, Kretschmer y otros que escapaban de sus posibilidades, a Heráclito, Bergson, Hegel, Larra, Scheler, Nietzsche, Unamuno. Alberca tenía esa capacidad que supone doblar el tiempo, lograr de éste un crecimiento de proporciones que muy pocos consiguen. Era de esos hombres que puede parecer que pierden algo de su tiempo, pero que realmente lo que hacen es entregar algo de su ganancia de estiramiento.

En este primer libro que dividí en tres partes: Saavedra Fajardo, Otras vidas de Murcia y Juana Castilla Ramírez de Arellano, me refería también al profesor Loustau, que me examinó no recuerdo ahora mismo de qué pudiera ser, porque uno ha estado examinándose siempre de algo, quizá para destacar más mi ignorancia. Recuerdo que Loustau aprobaba al alumno con facilidad. Algo así ocurría en otra facultad murciana universitaria con el profesor Gestoso Tudela. En realidad no aprobaban ninguno de ellos al ignorante, sino a aquél que no se sabía lo que preguntaban. Mantenían ambos esa intuición casi bergsoniana que da la costumbre y el trato con los examinandos. Loustau tuvo siempre aire de rector, aun antes de serlo y también después; carecía de solemnidad, pero se le notaba que podía regir y corregir. Su postura era muy española, muy cajaliana, y en una conferencia de inauguración de curso en la Real Sociedad Española de Amigos del País, titulada *El ideal de la vida*, apuntaba el dibujo como una obligación del estudioso. Sostenía entre otras cosas que el cirujano debía saber dibujar porque de esa manera el órgano enfermo se fijaba con mayor firmeza en su atención.



5. Durante algunos años estudié en la Facultad de Derecho de la Universidad de Murcia, pero me suspendían en cuanto me descuidaba, y me descuidaba casi siempre. Dejé la carrera poco más o menos a la mitad, adelantándome al número de convocatorias máximo que fija la ley de enseñanza universitaria. En algunas cosas ha sido uno una especie de precursor. Luego estudié algunos cursos en la Escuela de Comercio, pero me suspendieron en caligrafía y me desanimé. Era un tiempo en que el laboratorio contaba poco y en que estudié mecanografía teórica. Algo así ocurría en mi bachillerato, en el que hacíamos gimnasia con abrigo y bufanda. No pertenezco a una generación fuerte, pero sí resistente.

He anticipado los lugares, salas de actos, donde la conferencia tenía su lugar de pronunciamiento. Ahora me referiré a estos lugares, dos de ellos desaparecidos: el de Coloquios de Cultura y el de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Esta sociedad hacía todos los años una solemne apertura de curso, en la que se entregaban los premios del curso anterior. Había llegado a su presidencia algún tiempo antes el profesor Juan Torres Fontes, persona con una gran capacidad de trabajo y con mayor generosidad todavía, quien siempre tiene un documento dispuesto para regalar al desvalido en la investigación. Torres Fontes quiso, más por amistad que por injusticia, que el autor inaugurase uno de los años últimos de la Económica, inauguración que se realizaba en un comedido salón de actos presidido por un gran retrato del rey Carlos III. En las paredes había retratos de murcianos más o menos ilustres. El tema de mi discurso se tituló *Teoría de la novela del Oeste*. Por entonces, en los Coloquios de Cultura de la Sección Femenina, sostenidos por Carmen Verbo con singular obstinación de generosidad, me referí a *El mundo de Julio Verne*. En un concurso de ensayos que convocó la revista *Ateneo de Madrid* —dirigida por Luis Ponce de León, apellido de resonancias



murcianas— me dieron un segundo premio para *Determinación de la novela policiaca*, quedando seleccionada mi *Presencia de la novela rosa*. Era el año 1955, cuando aparecía mi *Cuadernos de aventuras*, con ilustraciones de “El guerrero del antifaz” y “El capitán Trueno”. (En su estudio sobre los tebeos españoles, Antonio Martín se ocupó sobre esta denominación mía de *cuadernos* ante o frente a la expresión de *cómic* y otras). En el *Boletín Informativo de la Cátedra de Derecho Político* de la Universidad de Salamanca apareció mi ensayo *Sobre la razón maquinante o de la novela de folletín*, y en *Arbor*, *La aventura y su novela*. Insisto en esto porque se trata del momento en que sucesivamente aparecen en mi obra unos esquemas que he insistido en denominar literaturas de kiosko o las afueras de la novela, y que a través del artículo y del ensayo han logrado unas cifras centenarias. El último está en los libros de RTVE con el título de *Las literaturas de kiosko*.

Vamos a penetrar ahora, dentro de estas supuestas memorias de urgencia, en otro compartimento donde no tardarán en surgir nombres de personas desaparecidas de la vida murciana y de la de fuera de Murcia. Corresponden estos nombres de seres humanos a personas que ejercieran diálogo mayor o menor con el autor de estas páginas de memoria. Los groenlandeses dividen al hombre en tres partes: cuerpo, alma y nombre. Y es precisamente el nombre lo que está en pie como referencia y recuerdo, como señal capaz de situarnos ante la significación de alguien que representa un silencio.

Decía Locke que la mente era una habitación por amueblar. Y aquí está muchas veces lo peligroso. Basta recordar cómo un día de Buenos Aires, Victoria Ocampo enseña a Rabindranath Tagore su lujosa casa, y le pregunta al autor de *La luna nueva* qué le parece. “Está llena de cosas que no significan nada” —le responde el escritor bengalí, quien percibe cómo los signos entrañables apenas figuran y abunda lo insignificante. Lo insignificante que no es lo pequeño, sino lo falto de significado.



6. Vamos a empezar este repaso murciano teniendo en cuenta la afirmación del doctor Jacques Lacan de que la función del lenguaje no es informar sino evocar.

Empecemos por Alberto Arranz, que daba clases particulares de francés, compañero de trabajo en Correos y Telégrafos de un poeta cartagenero, autor en la línea de Jorge Guillén, que se llamó Miguel Valdívieso. Mi francés quedó en la misma línea de ignorancia que anteriormente ostentaba, pero hablábamos mucho de literatura y Arranz me prestó los pequeños volúmenes de la colección Nova Novarum de la Revista de Occidente, con obras de Benjamín Jarnes, de Antonio Espina, y *Vispera del gozo*, de Pedro Salinas. Arranz vivía en los soportales de la Plaza de Santo Domingo, y en un bajo inmediato se hacían fotografías en las que el retrato, por medio de espejos, aparecía en cuatro o seis actitudes, como si celebrase la secreta tertulia consigo mismo.

Manuel Ortiz de Villajos leía, pintaba, escribía. Dirigía un establecimiento de tejidos en Trapería, cerca de la catedral. Acostumbraba a ir todas las mañanas o casi todas a una librería de viejo que estuvo en la calle de Jabonerías. Aún no se había perdido la idea de que los llamados libros de segunda mano eran peligrosos, no por las ideas sino por los microbios. La gente veía un primer lector enfermo de tuberculosis o de lepra, nunca de jaqueca. Ortiz de Villajos escribía artículos sobre exposiciones de pintura, y era un hombre amable, silencioso, cordial, que un día se murió y dejó de ir por la librería que como tal librería de viejo murió años después.

Otro murciano que recuerdo de entonces era Pascual de Ayala, que practicaba una elegancia algo pasada, como si quisiera que perviviesen sus tiempos de mocedad, que le sentaba bien. Tenía una cabeza pequeña, con algo de pájaro alegre. Vivía en La Paloma, cerca del Puerto de la



Cadena, y escribía después de largos años en Barcelona. En su juventud hizo versos modernistas que están en la antología de Raimundo de los Reyes. Ayala solía llevar un clavel rojo en el ojal de la solapa, y tenía algo de superviviente de la generación española de *El cuento semanal*, sin haber pertenecido a ella. Como un gesto de despedida de la literatura, por la que apenas había pasado realmente, publicó un libro que se titulaba *Sor Marta y tres más*, cuatro novelas cortas que parecían haber salido de la juventud de su autor, en una prosa modernista con palabras brillantes.

José Agüera era pianista, muy callado siempre. Era persona fina, inteligente y culta. Su instrumento musical le iba bien, porque permite sentarse y pasar de la serenidad al arrebatado sin crispaciones. El violinista, sin embargo, interpreta de pie y tiene una posibilidad de movimiento que perfila gestos más amplios. Es curioso que en este curso del Conservatorio de Murcia sean unos setecientos los matriculados de piano y veinticuatro los matriculados de violín. Sin duda el alumno prefiere sentarse. Agüera era introvertido, silencioso. En Murcia ha habido mucha gente así, que no daba su verdadera medida rodeada de grandes habladores que no tenían nada que decir. Producía buena impresión, de persona capacitada, que quería marginarse y se situaba premeditadamente en ese segundo término donde podía sonreírse eventualmente de la tontería de los otros, porque Murcia es país de grandes tontos que por ser especializados logran parecer casi discretos.

Otro músico de este tiempo era el maestro José Salas que durante bastantes años dirigió la Orquesta Sinfónica, y escribió algunas obras de concierto. Salas tenía todo el talante del músico y también el conocimiento. Hubo en su madurez un momento en que se le notaba al verle por la calle que estaba escuchando músicas personales, con pianos, violines, guitarras, orquestas enteras y verdaderas. No es que fuese distraído, sino que tenía la atención puesta en lo suyo. En las mañanas de los domingos de primavera, con una luz alta y delgada penetrando desde las alturas del Romea, el maestro llegaba con Beethoven del brazo hasta el escenario donde la orquesta le aguardaba para empezar.

Conocí también, cuando viajaba desde Cartagena a la sombrerería de Carlos Ruiz-Funes, a Puig Campillo, que era pariente de la esposa de Carlos. Puig Campillo viajaba por el pasado inmediato de Cartagena con una gran seguridad. Escribió la historia de *El Cantón Murciano*, una biografía de Perfumo y recogió un *Cancionero Popular de Cartagena*. Estaba sentado en una silla de forma que el espejo de la sombrerería recogía su figura a media luz. Puig sentía curiosidad por lo que yo pudiera pensar de Antonete Gálvez, personaje por el que sentía predilección, y del que yo



había escrito la tercera parte de un librito ocupado el resto por Tornel y Maestre, juntos con Ardieta y José María Muñoz.

Carlos Ruiz-Funes fue un singular personaje instalado a orillas de las Cuatro Esquinas murcianas, alguien que quizá no pudo darse más que en Murcia, y después de unas posibilidades y coincidencias bastante precisas. Cubierto con su guardapolvos, Carlos Ruiz-Funes siempre aguardaba a alguien, pero esta espera no se refería al cliente sino al interlocutor. El reducido mostrador se empequeñecía ante la humanidad del hombre que aguardaba tras él. El cine fue durante algún tiempo su gran afición, y escribió muchas crónicas y artículos referidas a él. Ambicionaba ser tácitamente el gran archivero de Murcia y se carteaba con todo aquel que le interesaba situar en su documentación personal. Su correspondencia quizá no pueda publicarse nunca completa, porque produciría una crisis del papel de edición. Difícilmente se encontraría persona más amable y más atenta para quien hubiese escrito algún libro. La mitad de las sombrereras de cartón no contenían sombreros sino los más sugestivos cubrecerebros: libros, recortes, notas, papeles, cartas, tarjetas postales, revistas, periódicos. (Un pliego de poemas de Jorge Guillén, un recorte sobre Murcia de un periódico de Buenos Aires, una carta de Walter Starkie, un boceto de Ramón Gaya, una tarjeta postal de Juan Guerrero desde un Congreso de Urbanistas, un original mecanografiado siete veces del doctor Gregorio Marañón sobre *El conde-duque de Olivares*, una revista de Camilo José Cela).

Lo suyo, a más de la conversación, era la gestión, siempre para aproximar a la gente. De antemano estaba dispuesto a escribir a alguien hablándole de otro alguien y de su talento. Carlos Ruiz-Funes ha dejado una gran biblioteca y un gran archivo de recados por escrito, de felicitaciones, de misivas, de todo aquello que resultaba importante para su mundo. En la gran playa de su sombrerería, Carlos Ruiz-Funes aguardaba a todas horas la llegada del viajero de alguna parte que desembarcaba en Murcia con algo que entregarle: un libro, una fotografía... Hubiera sido un extraordinario director de editorial, cosa que además le hubiera gustado. Escritores, pintores, profesores, músicos, un mundo muy preciso solía entrar y salir en el establecimiento de este hombre que hizo del correo un servicio afectuoso para la inteligencia.

Un día, la revista *Monteagudo*, de la Cátedra Saavedra Fajardo de la Universidad de Murcia, publicó un *Homenaje a Carlos Ruiz-Funes*, donde participaron nuevos y viejos amigos del aficionado murciano a todo aquello que rozase el espíritu.

Dos revistas murcianas, hoy desaparecidas como casi todas las revistas literarias de provincias, tuvieron una ambiciosa tarea por aquellos años: se llamaron *Azarbe* y *Monteagudo*. Fundaron *Azarbe* Salvador Jiménez,



Juan García Abellán y José Manuel Díez, y en uno de sus primeros números apareció la antología poética de un muchacho que se llamaba Diego Torres y que había escrito en su vida muy poco más.

Monteagudo llevaba en portada un *emblema* de Saavedra Fajardo en las *Empresas Políticas* que ostentaba un letrero latino: *ad omnia*. Azarbe publicó quince números, y *Monteagudo* cincuenta y tres. En ambos aparecieron escritos míos. En *Monteagudo* salieron dos series de entrevistas apócrifas que en su mayor parte fueron dialogadas anteriormente ante los micrófonos de Radio Juventud de Murcia. Eran conversaciones inventadas con Gabriel d'Annunzio, Marcel Proust, José Ortega y Gasset, Georges Bernard Shaw, Juan Ramón Jiménez, Gilbert K. Chesterton, H. G. Wells, Sir Arturo Conan Doyle, José Mallorquí, Julio Verne, George Simenon, Agatha Christie y Edgar Rice Burroughs. Más tarde publiqué otro diálogo, en el homenaje a Unamuno de *La Estafeta Literaria*, al que una revista se refirió diciendo que como muy bien le había dicho Unamuno a Francisco Alemán en una entrevista apócrifa...

Para mí son las mejores obras que he escrito dentro de la limitación de espacio que para mí ha constituido siempre un reto. Publicarlas era para mí una pequeña salvación de algo que deja de existir en cuanto la voz se ha callado, porque la radio es así. Hace falta una gran humildad, obligada o aceptada, para trabajar en la radio, porque todo se pierde, lo bueno y lo malo. Por eso el intelectual típico siente un gran desvío para este medio de expresión cuyo texto fenece de inmediato, y sin embargo la experiencia de la radio es muy valiosa para el ensayista, otorgándole una gran facilidad de expresión dentro de la naturalidad, como dice Herbert Read.

Yo, señores, he nacido en el barrio de San Antolín, lindero a la capital como en el tango famoso, barrio distante como aquéllos que amaba José Ortega y Gasset. Mi amigo Luis Garay, pintor y escritor, de quien luego hablaré, escribió un romance antiguo en donde daba unos cuantos nombres con capacidad para tratar el barrio de San Juan, y entre ellos estaba el autor de este discurso. Creo que de haber venido al mundo en otro barrio distinto mi literatura sería muy distinta, y que en mis páginas mejores o peores está la huella de San Antolín, que es un barrio pragmático e insolemne donde junto a la huerta se suceden la calle de la Lealtad y la Puerta de la Traición. Creo que este mío es un barrio donde no existe eso que preocupa a tanta gente como es la desilusión, quizá porque nunca nos ilusionamos demasiado.

Cuando era niño, en unas fiestas populares del barrio se construyó un pequeño trasatlántico de madera, papel y cartón, que figuró entre las guirnaldas de papel y la iluminación eléctrica de la plaza de Pedro Pou, como si navegase en su oleaje de luz y de color. El barco se llamaba "Almirante



Francisco Alemán". Después de la última traca me regalaron la embarcación que ya no volvió a navegar de ninguna manera, hasta que un día naufragó perdida en esa habitación de los objetos muertos.

Ya saben ustedes lo que pasa con el tiempo año tras año, hay un momento en que uno se ha vuelto mayor, y hay que ponerse a escribir. Creo que he sido un escritor al *detall*, de fuelle corto. A José Calero, profesor que ha escrito un buen libro sobre mi obra, le respondí que me consideraba como un gran escritor de obra menor, y me parece que puedo tener razón en este tanteo sobre mi trabajo.

El primer año de la Cátedra Saavedra Fajardo hice el discurso de inauguración de curso, con el tema *Semblante y talante de Murcia*. El segundo año lo hizo don José Ballester con el título de *Murcia entre dos siglos*. La Cátedra publicó los dos en un pequeño volumen titulado *Murcia en dos tiempos*. El discurso de Ballester estaba fraguado sobre recuerdos personales, y era muy superior al mío porque Ballester dotaba de una emotividad a su texto que el mío no tenía.

Ballester era entonces director del periódico *La Verdad*, donde yo publicaba semanalmente un artículo con el rótulo de *Los cuadernos indeterminados*. Trataba de temas muy diversos, unas veces locales y otras veces sin localizar. Ustedes verán que no sigo un itinerario preciso, entre otras cosas porque no hace falta. Hay que tratar de poner un poco de desorden en las cosas.

No quiero que se me olvide traer hasta aquí una peripecia interesante de mi tiempo libre, que Miguel Utrillo cuenta en un reportaje titulado *De Caravaca a Sitges: a lomos de Doña Platera por el levante español*. Doña Platera recibió este nombre como homenaje al protagonista del libro juanramoniano. Utrillo pensó contar en libro este viaje en parte murciano, pero luego no lo hizo.

En su reportaje, Miguel Utrillo dice poco más o menos: "Pocos kilómetros antes de llegar a Alcantarilla, un grupo de escritores murcianos, Alemán Sainz, Ayala y Serra, nos salieron al encuentro y mientras ofrecían a Doña Platera cebada fresca, manjar para ella desde luego exquisito, a mí me daban un cencerro con una dedicatoria en plata que dice así: A Doña Platera, símbolo de la justicia y de la injusticia, de la paciencia y de la bondad. Murcia y mayo de 1956".

Daniel Ayala y Rafael Serra, juntos con el autor, en un taxi de alta techumbre, quisimos hacer este homenaje a un cuadrúpedo solemne y denostado que suele ser vituperado en la pedagogía inmediata. Pero me parece que lo entregado a Doña Platera fue un gran ramo de alfalfa verde que devoró rápidamente.



7. Es curioso señalar que rara vez me encontrase en Murcia con Juan Guerrero Ruiz, y que la mayor parte de las ocasiones de diálogo con él fuesen en Madrid, o en el recado de la carta como correspondencia. De cuando en cuando, aparte de la carta llegaba la tarjeta postal, indicando gráficamente en su imagen el lugar desde donde se había enviado.

Juan Guerrero vivía en la calle de Hermosilla, la misma en que José Planes Peñalver tuviera su primer estudio-vivienda madrileño. Sin obra apenas, al menos publicada, Juan Guerrero Ruiz es uno de los murcianos más importantes de la primera mitad de este siglo veinte, o quizá el más importante sobre todo en su capacidad cordial dentro de una seriedad sin ostentaciones, pero que sabía salir al paso de aquél que intentaba desconocer su gran calidad personal.

En alguna parte he escrito que lo que de veras le gustaba a Guerrero —en mi parecer— era ser secretario, estar en el secreto, en la entraña de las cosas, ser persona de confianza, conocer cosas y personas que no estuvieran al alcance de todos, y por eso mismo que necesitaran una decisión de lealtad.

Fue secretario general del Ayuntamiento de Murcia, y del de Alicante. Estas diversas secretarías, ejercidas en la Administración, van hasta la secretaría de la CAMPSA. También fue secretario de varias revistas literarias y secretario general de Juan Ramón Jiménez, de quien no llegó a conocer la obtención del Premio Nobel. Digamos además que fundó la colección *Adonais*, que hoy cuenta con más de trescientos libros de poesía publicados.

El archivo de Juan Guerrero relacionado con la poesía y la prosa de su tiempo —sobre todo de la poesía, y sobre todo de J.R.J.— alcanzó un nivel extraordinario y representativo. Era un archivo en vivo, donde libros, cartas, recortes, papeles diversos, estaban al día. En una de mis



visitas, Guerrero me enseñó mi carpeta, delgada de volumen, pero que trataba de esperar una obra que no se ha cumplido tal como su generosidad esperaba.

Federico García Lorca le llamó Cónsul General de la Poesía Española, pienso que quizá le faltó a Lorca una palabra para completar el acierto, llamarle Cónsul Secretario General. Fue un personaje heroico, de esa heroicidad civil que escapa del mito y la popularidad. Jorge Guillén —con quien gobernara la revista *Verso y Prosa*— dice que fue una figura sin par en su generación.

Escribió una especie de diario relacionado con Juan Ramón Jiménez, donde recogió treinta y tres años de relación personal con el poeta. *Juan Ramón de viva voz* fue publicado por *Insula* en 1961, seis años después de la muerte de Guerrero, quien lo empezó en el 27 de mayo de 1931, horas después de su primera visita a J.R.J. que vivía en un ático de Villanueva 5, en Madrid. El libro se cierra el 29 de junio de 1936. En la habitación donde Juan Ramón recibe a su nuevo amigo está el retrato que le pintara Joaquín Sorolla, y que durante años estuvo en casa de Guerrero hasta que por indicación de Juan Ramón fuese enviado a la Universidad de Puerto Rico. Juan Bonafé hizo una copia muy precisa del retrato, que le regaló a Guerrero para sustituir el original. Juan Ramón, en un retrato escrito en 1929, dice de Juan Guerrero: "Tiene derecho al descanso, al cansancio: pero sólo descansa cuando todos los demás están ya reventados".

El autor de la copia del retrato de Juan Ramón, Juan Bonafé, había nacido en Lima, y viajó por los ismos pictóricos durante algún tiempo. Pero no se quedó en eso, y dotó ambiciosamente a los paisajes de una viva permanencia en la urgencia de la acuarela. Serio, amable, con cierto aire frío en sus maneras, que le hacían parecer distante, es pintor que llegó a realizar una pintura importante, con esa seguridad que no hace necesario hablar demasiado de sí mismo. Vivió en La Alberca, junto a los pinares de El Valle, cerca de la enorme zanja de la rambla. Era curioso como aunque Bonafé estuviera junto a nosotros lo encontrásemos remoto, siempre en sus lejanías, en sus lejos que decía Azorín. Sin haber nacido en Murcia, pero con un eco cartagenero en su filiación, Juan Bonafé tuvo largas horas murcianas paseando por Trapería y Platería, camino de la sombrerería de Carlos Ruiz-Funes.

Pedro Flores volvió a Murcia después de una larga estancia en París, donde convocaba entre las paredes de su estudio para fijarlos en su pintura a los bandoleros del siglo XIX, a las majas vestidas, y sobre todo a los habitantes de la huerta de Murcia, a los huertanos que él transformaba en la lejanía. Enarbolaba en su años mayores la pequeña sordera que



le servía para no escuchar y contar su propio monólogo. Era pequeño, con cara de estar malhumorado siempre, tan sostenida que a veces se le notaba como estaba a punto de ser amable. Pienso que lo más emotivo de Flores fue su afán de ir pintando una Murcia lejana desde sus jornadas de París, una Murcia convertida ya en nostalgia, como si el llanto del corazón de Verlaine sobre la ciudad humedeciera las ventanas de la calle de Bodegones donde Flores nació.

Sin embargo pienso que Luis Garay fue el pintor más pintor de este grupo de pintores, quizá porque también fue escritor, un escritor pintor con una capacidad de expresión sorprendente en algo tan radical como la calidad de página. Era escritor como lo fue Vázquez Díaz, Solana, Van Gogh, Degas.

Luis Garay vivía en la calle de la Gloria, que es nombre importante para un artista. Usaba un sombrero de alas enormes, bajo las que su rostro se reducía aun más de tamaño. Garay vivió una Murcia pequeña, donde la pintura no era aún una forma de vida, por eso fue profesor de la Escuela de Artes y Oficios, en cuyo camino solía encontrarle por las tardes. Estuvo en París, con Pedro Flores, pero no tardó en volver a su ciudad. Lo suyo fue lo popular. La obra de Pedro Flores se ocupa de la huerta murciana, trasmutada en la distancia de la memoria. La obra de Garay deja a un lado la huerta, aunque pase por ella, para sustituirla por el barrio, por el barrio de San Juan, zona menestral y trabajadora, donde Garay vive.

Luis Garay, acompañado de Antonio Garrigós y Clemente Cantos, solía dirigirse los días de fiesta hacia la huerta o la sierra de Carrascoy. Había algo de hindú en Garrigós, como si fuera un gran lama de complemento, con algo de febril en su expresión, como si quemase por dentro su propia apariencia de madera tallada. Antonio Garrigós estuvo en Argentina, como estuviera Vicente Medina e Inocencio Medina Vera, y volvió de allá con una misión que a sus coetáneos le pareció extravagante, la permanencia de lo murciano. Fue durante largo tiempo el guardián de una Murcia que empezaba a cambiar. Cuidó de los auroros por lo que éstos tenían de raíces pervividas de lo murciano. Nacido en Santomera, entre Murcia y Orihuela, Garrigós estaba siempre pendiente de que no escapan las esencias de su tierra. Se murió en Madrid, soñando con morirse en Murcia si es que había que hacerlo.

El tercer paseante, excursionista del domingo, fue Clemente Cantos. ¿Quién era Clemente Cantos? Había llegado a Murcia con su niñez en los ojos, doce años dispuestos a cualquier aprendizaje. Había nacido en Ontur, Albacete, de cuya necrópolis romana surgieron las famosas muñecas articuladas de ámbar y marfil. El suyo era un territorio donde la ar-



queología se llama Alpera, Balazote, Minateda, Montealegre, Ontur. Cantos era un hombre silencioso en el trato, que fluctuaba entre la pintura y la escultura asediado por la reminiscencia de la espelunca y del yacimiento. Cuando era el niño campesino de Ontur, Cantos usó los colores más desusados en lo insólito: azulete de la ropa, gredas, negros del engranaje de las norias. En su ausencia de paleta los colores brincaban portadores desde los orígenes más fortuitos. De antemano se situó como un olvidado, portador y practicante de una modestia de hierro, invencible en su retraimiento.

José Planes se muestra como escultor importante en el arte español, y la suya es obra que difiere muy pronto de sus antecesores en la escultura española. Si durante una época el escultor se sitúa ante el modelo queriendo repetirlo, aproximarse cuidadosamente al original humano. Planes ya por los años treinta decide ir eliminando de su obra aquello que pueda estorbar a su expresión. Ya Edgar Degas había escrito algo así: "Está muy bien copiar lo que uno ve, pero es mucho mejor dibujar lo que uno seguirá viendo en su memoria". Esto es lo que pienso que pudiera plantearse un día: hacer del desnudo algo cuya desnudez no estaba en el espejo. En piedra y bronce de 1931, yeso de 1932, mármol de 1934, José Planes va eliminando de la figura humana volúmenes y líneas. En los años cincuenta, Planes ha penetrado en la sinopsis del desnudo, haciéndolo en plena madurez, sin romper con la realidad, elaborando una nueva epidermis, una nueva piel para la figura. El desnudo de mujer adquiere dentro de su diseño una nueva expresión de curvas mayores donde queda una claridad nueva. Su obra va llegando hasta la mismísima frontera donde aparece la piedra, el mineral. Un paso más y la identidad desaparecería.

Persona fácil de encontrar en la Murcia de aquellos años, ya en la alta madurez, fue Julián Alcaraz, pintor de toros. Parar, templar, cargar y mandar fue algo que cumplió con decisión en su faena pictórica. Ganadero de reses bravas inmóviles y silenciosas, Alcaraz pintó millares de toros. Desde el cartel al abanico, pasando por el cuadro, y llegando hasta los objetos menores, Julián Alcaraz fue dotando de presencia parcial y verdadera, entera y verdadera otras veces, a las reses bravas en la hora en punto de la plaza o de la dehesa. Es fácil recordarle en las tardes del buen tiempo con el sombrero calado y el clavel rojo que se le había subido hasta el ojal de la solapa. En la hora de su entierro, don Andrés Sobejano le llevó el último clavel para una solapa cerrada.



8. No puede faltar en estas páginas la presencia de don Nicolás Ortega Pagán, que atendió escrupulosamente tiempos muy dispares. Por una parte como periodista —dirigió “La Verdad”, fundó y dirigió “El Tiempo”—, por otra parte como historiador. La noticia como actualidad, como última hora; y el hecho como pasado, como documento. Hay que mantener una mente muy clara para mantener tan dispar atención, contar con los seres vivos y contar con la lejanía de los textos medievales.

En las alturas del desván del Ayuntamiento, donde estaba entonces situado el Archivo, don Nicolás recibía sentado en su sillón de mimbre veraniego, como si estuviera en el zaguán del balneario, tras de una mesa antigua casi de redacción. Recibía allí, en la enorme habitación sin pavimento de losa, a quienes iban en busca de alguna documentación histórica en fechas alejadas centenares de años.

Jesús Frutos Valiente fue uno de esos murcianos obsesionados por algo, con una gran capacidad de entrega a sus propósitos. Frutos escribía todas las semanas una sección en la “Hoja del Lunes” que se titulaba *La semana que empieza*. Seguía un tanto a Roland Barthes sin proponérselo, porque lo suyo era sacarle a la columna la iridiscencia mayor. Corregía, sustituía, como si frotase con un paño suave la joya que buscaba, hasta el extremo de que el texto era distinto por completo cuando adquiría el *placet* del autor. Ubícuo y culterano, Jesús Frutos hizo una larga obra al pie mismo de los días y cultivó la imagen literaria con una viva capacidad de sorpresa para el lector.

Antonio Oliver, poeta y profesor: Andrés Caballero a ratos, ya estaba en Madrid para dar razón, vida y esperanza, poemas de los otoños, cartagenero azul a los versos de Rubén Darío. Veinteañero Rubén, con *Azul*. Veinteañero Antonio Oliver, con *Mástil*. Pero lo suyo fue una decisión de elogio, haciendo de las *loas* la parte más copiosa de su obra poética.



Con aire cervantino se convirtió en Andrés Caballero, personaje idílico de la gitanilla Preciosa con filiación hallada luego en Murcia, para escribir, entre otras historias, de Francisco Salzillo. Un libro valioso de Antonio Oliver fue su *Medio siglo de artistas murcianos (1900-1950)*. Llevaba unos abrigos enormes, de bolsillos repletos de alacenas, de los que sacaba libros y periódicos, papeles escritos. Antonio Oliver muere de una dolencia cardíaca, a la que se refiere muchos años antes Juan Ramón Jiménez en el libro que anotamos antes, escrito por Juan Guerrero Ruiz, Cónsul general de la poesía española.

No es la primera vez que he escrito sobre estos murcianos que hoy me acompañan en esta hora de academia. Si uno tuviera la paciencia de repasar la obra del autor —cosa que el autor realmente no tiene— quedaría claro cómo una gran parte de ella se refiere a la propia tierra, y en ella a murcianos de naturaleza o de la elección que regresan en esta tarde de otoño a la mención junto a las viejas hogueras murcianas. Baltasar Gracián contaba como regla del vivir el saber olvidar, pero hay olvidos que suponen también olvidarse de uno mismo. Debe responderse a una llamada no sólo con uno mismo, sino con todos los seres que le rodean —ponía en verso Paúl Claudel. Y en su *Gobierno Moral*, Salvador Jacinto Polo de Medina: “Poco ve quien no mira más de lo que tiene delante”. Tal es mi decisión, contar antes que se me olvide un tiempo y unos habitantes de mi ciudad.

En una esquina de Murcia, pongamos que en cercanías de Santa Eulalia, o en la plaza de San Antolín, aguardando los primeros autobuses que rodeaban la ciudad dándole vueltas, podía estar Andrés Sobejano Alcayna, humanista y examinador, gran examinador de todo lo que escapara de la zona científica del mundo. Idiomas, literaturas, historias, geografías eran examinadas por Sobejano en las respuestas del alumno, en aquel Instituto de Segunda Enseñanza, abierto a la penumbra junto a la iglesia de San Juan de Dios por una parte, y a la claridad por la otra puerta, junto al Seminario de San Fulgencio frente al cauce del Segura. Examinó a varias generaciones de murcianos, cosa que repitió más tarde en la Universidad. Realmente don Andrés era de esos hombres que pueden examinar a los demás, porque su conocimiento era variado y preciso a la vez. Tradujo a Albert Samain, el de la *Pavana para una infanta difunta*, y a Leconte de Lisle, el de *La muchacha de los cabellos de lino*, sin piano de Debussy, a Francis Jammes, a Jules Laforgue y a otros. Escribió mucho en revistas y periódicos, y un libro de poesía con título casi crepuscular: *Sombra y Vislumbre*. Durante muchos años fue el recepcionista de quienes llegaban a Murcia por ferrocarril con algún



propósito relacionado o no con la literatura, pero siempre desde el escritor.

Un día llegó hasta Murcia una mujer mayor, habitante de ese amplio tiempo de la madurez, con una alegre ancianidad atenta a lo que pasaba a su alrededor. Era Sofía Salomé Herold, con tarjetas de visita casi stendhalianas desde *Madame von Koss*. Pienso que fuese Sofía por el conocimiento y Salomé por la independencia, esta segunda me recordaba desde otro plano a la rubia Lou, hija de un general ruso que fue amiga de Nietzsche, de Rilke y de Freud.

Doña Sofía Herold vivió primero en la calle de la Gloria, por allá por donde las tardes de toros y de fútbol se percibía el griterío de la afición a las dos fiestas nacionales españolas; luego se fue a vivir en el camino ancho de la carretera de Churra. Había viajado mucho por el mundo antes de elegir Murcia para quedarse a vivir en ella y hasta para morir en ella. Entre sus acompañantes estaba un viejo piano en el que habitaba Federico Chopín. Doña Sofía tenía algo de encantamiento contenido, y parecía la bruja bondadosa de los cuentos de hadas, quizá un poco dominante como suelen ser las mujeres que llaman al nieto mayor para hablar de libros, de músicas, de pinturas y de la vida. Había en ella algo de abuela adoptiva del autor, quien ya no tenía abuela, y su capacidad para el elogio la señalaba como la mejor posibilidad de abuela electiva que pudiera tenerse. Doña Sofía fue a alguna de mis conferencias, y recuerdo una en el salón de actos de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, donde apareció vestida de fiesta con una elegancia de viejecita que va al gran baile de la cultura. Se sabía todo lo que el autor había escrito por aquel tiempo, y escribía en papel de barba con una letra de bellos trazos, muy vivos y claros, sobre Chopín, Beethoven, un viaje al Japón, y sobre algunas publicaciones mías que ya no recuerdo cuáles pudieran ser.

Durante el tiempo que doña Sofía vivió en Murcia la acompañó en una de las estancias de la casa el busto de Radomyls, una diosa de la mitología eslava cuyo nombre significaba algo así como *la que sonríe pensando*. El busto tenía una gran serenidad, pero lo que me parecía más sugestivo era, precisamente, la denominación tan significativa. Se trataba de uno de los más bellos mitos del mundo este destino del conocimiento junto a la sonrisa, la ausencia de crispación en el acto de pensar. Esto me recuerda una carta de Nietzsche hace noventa años donde decía que es esencial para la distinción el mantenimiento de una apariencia de frivolidad que disfraza una dureza y un invencible dominio de sí mismo. En una carta también, Albert Camus escribía que el español Ortega —paseante de Platería tantas veces, y recordador de ella



en la calle de Florida de Buenos Aires— ha sido después de Nietzsche el más grande escritor europeo, a pesar de lo cual resultaría difícil ser más español que Ortega. Y sigamos con el hilo hasta José Ferrater Mora cuando se refiere a aquella desenfadada manera con que sutilmente Ortega pretende ocultar el incomparable rigor de su pensamiento. Se trata al fin del humor y puede ser curioso apurar esta convocatoria de renombres gratos junto a Keyserling cuando dice que quien no tiene humor es un subalterno. Radomyls diosa del humor, una herejía mitológica. Pensar puede descomponer un rostro, manifestando un empeño casi muscular en la búsqueda de algo. Sin embargo es resultado de una cuidada civilización no mostrar la faz del cansancio, ni aludirla oralmente, destacando la sonrisa sin aludir sudores que pueden haber costado llevar a término algo que ha llegado a apasionarnos. En realidad hay quien llega al cansancio, a la fatiga, sin esfuerzo alguno.

El busto de la diosa era obra de un escultor eslavo, amarillo, de rostro asimétrico como les ocurre a los japoneses. Madame von Koss le había conocido en casa de Paderewski, cerca de Lausana; y sirvió de modelo para la diosa una actriz polaca que por aquellos días era huésped de los Paderewski. Ahora uno piensa ¿dónde habrá podido ir el busto de Radomyls, la diosa que pensaba alegremente?

Carlos Clavería fue profesor de la Universidad de Murcia. Llegaba desde Suecia, o desde algún lugar más bien lejano. Era un hombre bajito, que se peinaba cuidadosamente sacándose la raya desde cerca de la oreja y trasladando el pelo hasta el lado contrario de la cabeza. Había publicado muchos ensayos que luego quedaron recogidos en libros. Entre otros se encontraba el titulado *Estudio sobre los gitanismos del español*, libro curioso, repleto de notas a pie de página y de referencias en número asombroso. Entre otros vocablos estudiaba *mangante, undevel, menda, pirandón, manús, guripa y postín*. Tengo un ejemplar de este libro dedicado por el autor que dice: "A Paco Alemán quiriló lachó y libanó fetén, Carlos Clavería: Catedrático de Lengua Gitana. En el Gao Baró de Murcia, Nutive del Bejí de Undivé de 1952". Clavería iba muchas tardes de su estancia en Murcia en busca de viejos gitanos de los barrios o pueblos cercanos para charlar con ellos y anotar palabras que le interesaban para sus trabajos. Pasados unos años fue elegido académico de la Española y un día se murió en Oviedo a golpe de corazón. Carlos Clavería se llevó con él buenos recuerdos de Murcia, que en aquella época todavía conservaba su sentido de ciudad tranquila y menor.

Gaspar Gómez de la Serna, primo de Ramón, había sido jurado de los premios Ciudad de Murcia y había publicado un ensayo sobre Francisco Salzillo muy interesante. Tenía además una obra ensayística valiosa, llena



de conocimiento. Fue durante años capitán y creador de las Jornadas Literarias que también pasaron por Murcia. El autor solía recibir invitaciones para estas expediciones anuales, pero sin saber por qué a última hora no podía ir y se quedaba en tierra. Gaspar era un buen escritor, un buen periodista, y uno de sus libros póstumos está dedicado a la pintura y la personalidad de un murciano: Antonio Hernández Carpe. Escribió también una novela corta que se titulaba *Después del desenlace*, que estaba muy bien.



9. Estoy realizando ahora mismo un acto de manifiesta versatilidad por su artificio. Estoy utilizando el lenguaje, o mejor fuera decir el *habla* —algo tan antiguo como pueda serlo la especie humana— desde la escritura que apenas cuenta con unos escasos miles de años. Desde signos visuales me dirijo a ustedes en voz alta, y ustedes reciben lo que mi voz les dice sucediéndose pero arrancando de la partitura escrita. Y es ahí donde está mi lucha no digamos que encarnizada, pero tampoco desde el sencillo vegetal. Trato de no hablarles como un libro, y no se si voy lográndolo o se nota la letra impresa diferenciando el habla y la escritura. Tengan ustedes en cuenta que entre los beduinos los discursos de salutación o de homenaje deben ser improvisados, y prepararlos de antemano es una grave descortesía. De todas formas vamos a seguir adelante, a ver qué pasa.

Al autor, quizá por una deformación producida desde el artículo, desde el cuento, y aun desde el ensayo, le interesa mucho la llamada música ligera, quizá por sus elementos de brevedad, mientras que la ópera o la zarzuela le interesan muy poco, como no sea de manera fragmentaria.

Piensen ustedes lo que sería un *long-play* donde apareciera *Chao cara come stai*, de Iva Zanicchi; *La orilla blanca, la orilla negra*; *Natalie*, de Gilbert Becaud; *My way*, de Paul Anka —con permiso del caballero de *Carta sin tiempo*, de Antonio Prieto, que la anotó antes—; *Hoy canto por cantar*, de Nidia Caro; *Siempre*, de Irving Berlin; *San Luis blues*, de Handy; *Dalila*, de Barry Mason; *Summertime*, de Gershwin; *Si je mourir la bas*, con letra de Apollinaire, voz y música de Jean Ferrat; Domenico Modugno, el de *Piove*, sin teléfono ni niña; José Alfredo Jiménez, Violeta Parra y un largo etcétera.

Este puede ser un intermedio por la orquesta, como se anunciaba



en otro tiempo en los programas del Teatro Circo Villar. Hay una canción de consumo que tiene su interés y puede ser oída, pero hay otra canción que se queda en nuestros oídos sin marchitarse, como *El humo ciega tus ojos*, de Kern; *Setiembre bajo la lluvia*; *Como setiembre*, de Bobby Daring; *Tiempo borrascoso*. O *Chorra*. "La síntesis a que me obliga el tango es un desafío que me provoca y que yo acepto complacido" —dice Santos Discépolo. *Chorra* es una obra maestra del *grotesco*, como puede serlo un número importante de tangos. Otra cosa es lo que se llamaría canción residual con metáforas de desecho. Es lástima que se quedase apenas en el umbral una llamada canción murciana actual que quedó clausurada en las canseras de Vicente Medina.

Como el tema me sale al paso, no quiero dejar de manifestar mi negativa a supuestos situados desde el panocho —un cursi diría contemplados desde el panocho— como ocurre con *cieca* o *churubito* que solamente son toscas manipulaciones desde el hablar mal. Esto no ocurre, sin embargo, con palabras como, por ejemplo, *cornijal*, o *quijero*, formas realmente populares. En éstos me siento murciano, en aquéllas creo que se trata de complicado analfabetismo.

Pero se trataba de la canción, de su caducidad, facultades de olvido. Hay un poema de Langston Hughes que termina así:

*Como eres para mí una canción,
no puedo cantarte mucho tiempo.*



10. Otros amigos que quiero traer hasta aquí, cuando ya vamos llegando al cabo de Buena Esperanza de este discurso, son José Martínez Arenas, Juan Antonio Espinosa, Luis Abad Carretero y José Mallorquí Figuerola.

José Martínez Arenas, abogado, cartagenero que hizo su vida en Orihuela, cuando el tiempo le condujo a los límites de la madurez que conducen a la alta edad, se recluyó en su casa oriolana, rodeado de una biblioteca más que numerosa, al tanto de las últimas revistas literarias y los libros recién aparecidos. Hombre culto, cordial, se encontró un día con la posibilidad de ocuparse ampliamente en la lectura, y lo hizo.

Martínez Arenas dio con esa forma de envejecer que Bontempelli llamó un refinamiento de la inteligencia y un acercamiento a las cosas elementales y supremas. Pareja perspectiva a la que vió Maurice Goudek, viudo de Colette, quien a los setenta y cinco años escribía: "Jóvenes, no os asustéis ante la perspectiva de la vejez, porque no hay estado tan satisfactorio como la ancianidad". Martínez Arenas, que había conocido a Miguel Hernández en su juventud, interlocutor de Gabriel Miró, escribió algunos libros, entre ellos puede que el mejor sea aquél que tituló *De mi vida*, donde hablaba de recuerdos, de libros, de amigos.

A Juan Antonio Espinosa le llamábamos el *capitán* en el jurado del premio de cuentos Biblioteca Gabriel Miró, cuya presidencia tuvo algunos años hasta su muerte. Era oficial retirado de la marina mercante y había escrito algunas novelas sobre el tema del mar donde sus personajes Zubeldía y Amorrortu eran protagonistas. Espinosa escribía bien y era un hombre cordial, amable, que lo veía todo por una parte alegremente y de otro lado debía encontrarse un poco pesimista.

Rafael Alberti le dedicó un extraordinario soneto en versos alejandrinos, quizá uno de los más bellos sonetos españoles, con lema de Bau-



delaire. A este soneto, "A Juan Antonio Espinosa, capitán de navío", se refiere Alberti en sus memorias de *La arboleda perdida*. "Este Juan Antonio, novelista en la actualidad... no creo que fuera entonces capitán y menos de navío, pero yo le admiraba mucho por el solo hecho de saberlo navegando en no sé qué flotilla pesquera del golfo de Vizcaya". Este es el soneto, que copio como homenaje al amigo desaparecido:

*Sobre tu nave —un plinto verde de algas marinas,
de moluscos, de conchas, de esmeralda estelar—,
capitán de los vientos y de las golondrinas,
fuiste condecorado por un golpe de mar.*

*Por ti los litorales de frentes serpentinas
desenrollan al paso de tu arado un cantar:
—Marinero, hombre libre, que los mares declinas,
dinos los radiogramas de tu estrella polar.*

*Buen marinero, hijo de los llantos del norte,
limón del mediodía, bandera de la corte
espumosa del agua, cazador de sirenas:*

*todos los litorales amarrados del mundo,
pedimos que nos lleves en el surco profundo
de tu nave, a la mar, rotas nuestras cadenas.*

Hay un momento en que la dedicatoria del soneto a Juan Antonio Espinosa, capitán de navío, desaparece de la página, aunque siga la cita de Charles Baudelaire.

No llegué a conocer personalmente a Luis Abad Carretero, pero en las cartas que me escribió, él o su esposa, la doctora Antonia Castillo, está la amistad de alguien que después de años de ausencia española volvió a su tierra natal, a Almería. En un artículo que escribí sobre él poco después se empieza así: "Instalado en Gádor, donde la cultura argárica se colorea como un fruto en la riqueza de la naranja, Luis Abad Carretero navega sus años de madurez escribiendo un libro de fragmentos titulado *Concepto vivo del hombre actual*, siguiendo la línea de Federico Schlegel cuando dice: "los fragmentos son la verdadera forma de la filosofía occidental". Al menos esto es rotundamente cierto, aunque por motivos de pérdida, en los presocráticos.

Un día del año 1969 me llegaba una carta desde Gador, en Almería, firmada por Luis Abad. ¿Quién era Luis Abad Carretero? En primer lu-



gar, por aquella fecha, alguien que escuchaba unos comentarios del autor en la radio, pero también era alguien más con quien había que dar. Era autor de un libro que me interesara mucho al leerlo una veintena de años antes de su carta, que se titulaba *Una filosofía del instante*.

Respondí su carta y le hablé de aquel libro. Abad me contestó: "Es curioso que ya nos conocíamos antes de cartearnos". Y poco después: "Es muy curioso lo que nos está ocurriendo a mi mujer y a mí con usted. Esto pertenece a la nueva experiencia del hombre, que aparece al filo de ese invento tan resonante que es la radio, y digo resonante no porque suene y resuene, sino porque nos abre un mundo de nuevas perspectivas. Resulta que nos decimos: vamos a oír a Francisco Alemán Sainz, y en seguida aparece su charla serena, y todo esto ocurre sin conocernos. ¡Qué curioso!, ¿verdad?"

—“Vivimos en la época del instante” —escribía Luis Abad Carretero. “El instante no es un momento incontable del tiempo, sino el necesario para captar una situación vital, el que necesitamos para tomar una decisión, noción en la cual se ve claramente que el tiempo se liberó del espacio y al hacerlo se humanizó entrando en los planos de la voluntad y las dificultades de la instantaneidad desaparecían”. El filósofo almeriense insistía: “Los hombres vivimos en instantes”, mientras desde ecos antiguos se escuchaba: “ni desde el futuro ni desde el pasado se realiza un acto”. El poeta acuchillado por una rosa, la misma rosa que canta Francisco de Rioja, Pedro Calderón de la Barca, herido mortal Rainer María Rilke se decidía:

*Nada ocurrió si yo no lo he vivido,
en suspenso el mañana permanece...*

En los relatos del autor, el instante surge desde la segunda hora con singular capacidad de expresión, y alguien habló, escribió de *instantismo* como peculiaridad de gran parte de una obra menor:

*Pero el paso del tiempo
no es tan fugaz en lo que dura.*

Luis Abad Carretero, ya en la alta edad de la melancolía, con la nostalgia del sur en el corazón doblemente sentida —por nacimiento y por destino—, decidió volver a su tierra de Almería. Es curioso que la capacidad de discernimiento del talento humano se rompe cuando se trata de estos regresos. Porque Luis Abad pensaba volver a su ciudad de antes, y no era así. Volvió a otra ciudad actualizada que ya no contaba con los instantes del filósofo envejecido. En realidad regresaba al futuro.



Abad Carretero pasó de una soledad a otra, otra soledad que aún se endureció más cuando su esposa, Antonia Castillo, doctora en ginecología alerta a lo oncología femenina, le dejó solo. Había sido alumna del doctor Tomás Maestre, un murciano, a su paso por la Universidad Central. Luis Abad y Antonia Castillo vivieron años últimos en Gador, y uno desde la distancia les percibía terriblemente solos, y quizá por eso mismo daba más prisa a las respuestas a su cartas.

La muerte de Antonia Castillo apresura la muerte de Luis Abad. No supe de su muerte, aunque sí de su silencio por escrito, hasta que me lo señalara José María Artero hacéndome llegar sus libros, completándome la obra del pensador almeriense. La Tertulia Indaliana me invitó a tomar parte en ella junto al otoño de hace unos años, y al dar mi tema señalé que trataría del instante y de Luis Abad Carretero, de un viejecito cuidado que ya no estaba en el instante presente y que era importante recordar.

Hay una forma, un intento de clasificar a las gentes que puede llegar a sorprender por unilateral y por torpe. Se trata de cuando se decide que una persona es humilde y otra persona es orgullosa, como si realmente fuese posible fiscalizar hasta tal extremo cómo alguien es. Realmente lo único que permanece es la tontería, y sobre todo la tontería solemne. En cuanto a la humildad o el orgullo se trata más que de sentimientos de situaciones interinas y cambiantes. Se es orgulloso unas veces como se es humilde en otras ocasiones. Por eso cuando alguien afirma que el autor es orgulloso o es humilde me doy cuenta del error sufrido. De todas formas pienso que el autor es humilde, aunque no siempre ejerza la humildad como práctica.

Si mi amistad con Luis Abad Carretero surge desde la radio, la amistad con José Mallorquí arranca del periódico. Si la correspondencia de Abad surge desde el comentario hablado, la de Mallorquí se plantea desde el comentario impreso. Después de un artículo publicado en un periódico de Santander, Mallorquí me escribió una carta dándome las gracias por aludir a sus "novelas deportivas", y desde ahí fue surgiendo una amistad lejana de la que daba señal la carta como aproximación.

Este hombre que hizo de *El Coyote* colección y fama fue un hombre bondadoso, y su colección de armas del Far-West le dejaba realmente un tanto desarmado. Yo había leído a Mallorquí en los relatos policíacos de Biblioteca Oro, serie amarilla, en *El misterio de los guantes negros* que era realmente una buena novela policíaca. También como traductor nos abrió Mallorquí la presencia de Perry Mason, Hércules Poirot y muchos otros.

Mallorquí escribió varias series que tuvieron repercusión en los pro-



gramas de radio, como le ocurrió a *Lorena Harding* que pasados unos años fue reeditada en 1970. La editorial situaba en la primera página textos de prensa sobre la obra de Mallorquí. Estas alusiones empezaban con el fragmento de un artículo del autor, publicado como parte de *La otra novela* en el suplemento literario de "Informaciones" con el título de *La novela deportiva de José Mallorquí*, las otras referencias eran de periódicos de Dinamarca y de Brasil. Como mi nombre no figuraba como autor del texto usadé escribí a Mallorquí, quien me respondió que la página estaba impresa para todos los números de la serie y que cambiarla sería un trastorno para la editorial. Me pareció absurdo insistir sobre la filiación de unas líneas, y por ahí anda la historia de Lorena Harding, en Capistrano, sin el dato completo, pero con el eco de la balada de Webster:

*Los años pasaron muy lentos, Lorena.
La nieve ya cubre las flores de ayer.*

José Mallorquí se encontró un día —como en el verso de Góngora— con que la ausencia le comía medio lado. La última noticia que recibí de Mallorquí estaba en unas líneas apresuradas: "No me considero un ingrato. Desde la muerte de mi mujer he pasado seis horribles meses. Pero mi agradecimiento es muy grande". Y un día, Mallorquí, en el otoño de 1972, se marcha voluntariamente en busca de Leonor, compañera de su vida.



11. Pudiera seguir adelante esta lista de ausencias, pero prefiero terminarla aquí, entornar el tema que quizá vuelva alguna vez a salirnos al paso en alguna esquina del tiempo. Lo que me he propuesto aquí no es otra cosa que anotar, junto al tránsito vivo de mi ciudad, unos datos personales y señalar la falta de algunos amigos que en buena parte pudieran encontrarse aquí esta noche.

El tiempo pasa y mucha gente trata de asirse sea como sea al tiempo de la juventud con las más diversas máscaras posibles. Pero no hay facultad de elección para el ejercicio del tiempo, y uno recuerda lo que Bontempelli apuntaba de que envejecer debe ser un refinamiento de la inteligencia y un acercamiento a las cosas elementales y supremas.

Creo que más que de la vejez hay que defenderse de contaminaciones y deterioros —como ahora se dice— como son entre otros el aburrimiento y la violencia. El aburrimiento como la violencia es propio de gentes sin imaginación, gente radicalmente triste. La violencia es un intento de eliminación del adversario que hace imposible la conversación, que como dice Weizsaecker es lo único que se hunde en lo subjetivo hasta descubrir el alma de la acción. Ahora que está de moda solicitar ministerios para profesiones o situaciones a nivel gubernamental, pienso que sería valioso crear un ministerio de la Conversación para dotar al razonamiento de la duplicidad necesaria. No se trata de la Discusión. Ya se sabe el tópico de que de la discusión sale la luz, pero, ¿qué hace uno luego con la luz?

Me gustaría decir algo sobre lo que he escrito, que realmente no puede decirse que sea mi obra. Yo tengo una gran cantidad de obra que no he llegado a escribir. Ya en 1949, en *Saavedra Fajardo y otras vidas de Murcia* decía yo que iba a escribir de antemano mis obras escogidas en dos volúmenes. Luego no he cumplido este propósito, y se me han ol-



vidado muchas cosas que debiera haber escrito, y he escrito cosas que debiera haber olvidado antes de escribirlas. ¡Qué le vamos a hacer! Quizá entre lo que no he escrito haya quedado algo importante.

Cuando uno era joven los mayores acostumbraban a decir: Ya verás como te pasa esto y lo otro, como te cansas de lo otro y de esto. Un texto de Erik Satie, uno de los pianos más expresivos de Europa, dice así:

—“Cuando era joven me decían: ya verás cuando tengas cincuenta años. Tengo cincuenta años y no he visto nada”.

Ver, lo que se dice ver, ahora que quedaron atrás los cincuenta, no ha visto uno más que un exceso de tonterías y de torpezas, pero es natural que así sea. La inteligencia suele resultar molesta, y la maldad o la estupidez rinden más beneficios.

En cualquier caso lo importante sería saber hasta dónde quiere uno beneficiarse, y limitar el sentido de la ganancia. “Contentarse con poco dinero es también talento” —decía en su diario un escritor—.

Quiero añadir, para terminar este discurso, que no se trata de una despedida, sino de un paréntesis casi ritual: que estas mismas páginas, escritas como un discurso, son también un ensayo de continuidad, que forma parte de mi obra incompleta.



ALGUNAS PUBLICACIONES DE FRANCISCO ALEMAN SAINZ

A) EN REVISTAS

Determinación de la novela policiaca. "Ateneo", núm. 59. Madrid, junio, 1954.

Presencia de la novela rosa. "Ateneo", núm. 66. Madrid, septiembre, 1954.

Semblante y talante de Murcia. En "Murcia en dos tiempos". Cátedra Saavedra Fajardo. Universidad de Murcia. Murcia, 1954.

Notas para un ensayo de Sherlock Holmes. "Alcalá". Madrid, 1955.

Hellín y Mor de Fuentes. "Monteagudo", núm. 10. Universidad de Murcia, 1955.

El Mundo novelesco de Julio Verne (en el cincuentenario de su muerte). Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca. Julio-Agosto, 1955.

Cuadernos de aventuras. "Ateneo". Madrid, octubre, 1955.

Horizonte de Julio Verne. "Cuadernos hispano-americanos", núm. 82. Madrid, octubre, 1956.

La razón maquinante o la novela de folletín. Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca. Enero-abril, 1956.

La aventura y su novela. "Arbor", núm. 131. CSIC. Madrid, noviembre, 1956.

El retrato como convención. "Afal", núm. 12. Revista de Cinematografía y Fotografía. Almería, noviembre-diciembre, 1957.

Fotografía y Tauromaquia. "Afal", núm. 26. Setiembre-octubre, 1960.



Seis entrevistas apócrifas y un prólogo incierto. (D'Annunzio, Proust, Ortega Bernard Shaw, J.R.J., Chesterton). "Monteagudo", núm. 33. Universidad de Murcia, 1961.

Dos casos de la novela policiaca: Mason y Poirot, el buscarruidos y el tranquilo. "Monteagudo", núm. 36. Universidad de Murcia, 1961.

Siete entrevistas apócrifas y un soliloquio. (Wells, Conan Doyle, Mallorquí, Verne, Simenón, Christie, Rice). "Monteagudo", núm. 42 Universidad de Murcia, 1963.

De novela policiaca: Philo Vance y el dandismo. "Cuadernos hispanoamericanos", núm. 167. Madrid, noviembre, 1963.

Miseria y grandeza del folletín. "La Estafeta Literaria", núm. 270. Madrid, julio, 1963.

Entrevista apócrifa con Miguel de Unamuno. "La Estafeta Literaria-Homenaje", núm. 300-301. Madrid, setiembre, 1964.

Notas para mirar y oír. "Teleradio". Madrid. Sección semanal desde diciembre 1962 a noviembre, 1964.

A la cultura popularísima. "La Estafeta Literaria". Madrid. Sección quincenal desde noviembre, 1964 a junio, 1965.

Los viajes de Murcia. "Murgetana", núm. 24. Murcia, 1965.

Los conan-doyle —Sir Arturo y Adrián—. "Semana Médica de Medicamenta". Madrid, octubre, 1965.

Tres guiones de radio y una careta. "Monteagudo", núm. 45. Universidad de Murcia, 1967.

Aparte para Julián Romea —cien años después—. En "Julián Romea, primer centenario. 1868-1968". Ayuntamiento de Murcia, 1968.

El alma se serena. En el espacio final de cierre TVE. Años 1966, 1967, 1968.

El último piso —fiesta—. "Monteagudo", núm. 51. Universidad de Murcia, 1969.

Una correspondencia con Juan Guerrero Ruiz. "Monteagudo", núm. 53. Universidad de Murcia, 1970.

La otra novela. "Informaciones". Madrid. Suplemento literario semanal, desde abril de 1969 a abril de 1970.

Viaje por las afueras de la novela. (I. Inventario de la novela policíaca. II. Repertorio de la apertura del folletín). "Prohemio" II. Madrid-Barcelona, abril, 1971.

Murcia en los ojos. "Touring", núm. 24. Extraordinario de verano. Barcelona, 1971.



El kiosko como literatura. (Canción estructuralista para el cómic. Encuentro con el kiosko). "El Urogallo", núm. 10. Madrid, julio-agosto, 1971.

Los rostros de Murcia. "Reales Sitios", núm. 32. Madrid, 2.º trimestre, 1972.

Literaturas de Consumo. "La Estafeta Literaria". De abril, 1971 a abril 1972.

Hasta que la muerte nos separe. Cuento. "El Urogallo", núm. 16. Madrid, julio-agosto, 1972.

Reencuentro en la Gran Vía. Cuento. En "Homenaje a José Ballester". Edit. Hijos de Antonio Zamora. Murcia, 1972.

Repaso de un tiempo. En "Artistas murcianos, 1920-1930". Chys, Galería de Arte. Murcia, 1972.

Los trabajos y los días de Pablo Picasso. En "A Pablo Picasso". Chys. Galería de Arte. Murcia, 1973.

Radio e invención. (En memoria de 50 años españoles) "Tauta". Revista quincenal de medicina y sociedad. Núm. 32-33. Madrid, mayo, 1974.

Bajo el signo de kung-fu. Fu Manchú, Charlie Chan, Guai Chan Caine. "Tauta", núm. 34. Madrid, junio, 1974.

Habitantes de Murcia. Boletín informativo mensual del Ayuntamiento de Murcia. Años 1970, 1971, 1972, 1973, 1974, 1975.

Completamos señalando revistas y periódicos en que ha colaborado el autor, puesto que lo transcrito apenas es una muestra:

REVISTAS.—Juventud, Ateneo, La Hora, Alcalá, La Estafeta Literaria, El Español, Cuadernos Hispanoamericanos, Insula, Semana Médica de Medicamenta, Boletín del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca, El Urogallo, Teleradio, Telechico, Balalín, Mundo Hispánico, Doctorama, Tauta, Arbor, Prohemio, Monteagudo, Murgetana, Car, Blanco y Negro, Reales Sitios, Touring, Azarbe, etc.

PERIÓDICOS.—La Verdad, Línea, Murcia-Hoja del Lunes, Arriba, Pueblo, Diario SP, El Alcázar, Ya, Informaciones, Alerta, Información, El Correo de Zamora, Amanecer, El pueblo gallego, Córdoba, La Prensa, Libertad, La nueva España, etc.



B) LIBROS

ENSAYOS MURCIANOS:

Saavedra Fajardo y otras vidas de Murcia. Murcia, 1949.

Gálvez, Tornel, Maestro. Murcia, 1950.

Carta bajo la lluvia. Murcia, 1962.

Martínez Tornel, periodista de un tiempo. Murcia, 1967.

Murcia en imágenes —grabados, fotografías, tarjetas postales—. Murcia, 1968.

Regreso al futuro. Murcia, 1969.

El libro de Cehegín. Murcia, 1975.

E N S A Y O S :

Teoría de la novela del Oeste. Publicaciones de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Murcia, 1953.

Un personaje famoso de la literatura: Sherlock Holmes. Publicaciones del Colegio Mayor Ruiz de Alda. Cuaderno 2. Murcia, 1956.

Libro del Fuego. Areofeu. Murcia, 1972.

Las literaturas de kiosko. Biblioteca cultural de RTVE, núm. 24. Editorial Planeta. Barcelona, 1975.

C U E N T O S :

La vaca y el sarcófago. Murcia, 1952.

Cuando llegue el verano y el sol llame a la ventana de tu cuarto. Murcia, 1953.

Patio de luces y otros relatos. Murcia, 1957.



REFERENCIAS:

Antonio de Hoyos: *Ocho escritores actuales*.— Enrique Annderson Imbert: *El cuento español*.—Eduardo Tijeras: *Ultimos rumbos del cuento español*.— Diccionario de literatura de la Revista de Occidente.— Angel Prat: *Historia de la literatura española*.— ¿Quién es quién?, INLE.— Gérard Police: *La littérature de science-fiction en Espagne. Etude chronologique, commerciale et sociale*.— José Calero: *La obra de Francisco Alemán Sainz* (en preparación).

C) CUENTOS EN ANTOLOGIAS

El paracaidista y la tierra

En "Antología de cuentistas españoles contemporáneos", de Francisco García Pavón. Editorial Gredos. Antología Hispánica. Madrid, 1959.

Patio de luces

En "Antología de cuentos contemporáneos", de Mariano Baquero Goyanes. Editorial Labor. Barcelona, 1964.

En una esquina del bar.

En "Antología de cuentistas españoles contemporáneos", de Francisco García Pavón. Editorial Gredos. Antología Hispánica. Madrid, 1966. Segunda edición.

El pasodoble de los Ramirez

En "El cuento español en la literatura española actual". Cajas de Ahorros. Madrid, 1966.

Autobús para cualquier parte

En "Narradores de hoy", por Edith Helman y Doris K. Arjona. W. Norton Company Inc. Nueva York, 1966.

Nacimiento de Venus en la Luna

En "Antología española de ciencia ficción", de Raúl Torres. PPC. Madrid, 1972.

La extraña muerte del profesor Hüge

En "Manifiesto español o una antología de narradores", de Antonio Benayto. Ediciones Marte. Barcelona, 1973.

El Arca sin ventanas.

En "Cuentos de ayer y de hoy". Colección Hoja de Laurel. Murcia, 1975.

